

Fall - 205 - 18



ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA

EN LA S. A. Y M. IGLESIA DE SANTIAGO, EL DÍA 30 DE ENERO DE 1888, EN LAS HONRAS DEL EXCMO. Y REVERENDÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO

DR. D. VICTORIANO GUIASOLA Y RODRÍGUEZ
(Q. S. G. H.)

POR EL

ILMO. SR. DR. D. VALERIANO MENÉNDEZ CONDE,
OBISPO PRECONIZADO DE TAMASSO,
Auxiliar de Toledo.

SANTIAGO:

IMP. DEL SEMINARIO CONCILIAR CENTRAL
1888.

11.324580

R.35.401

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO

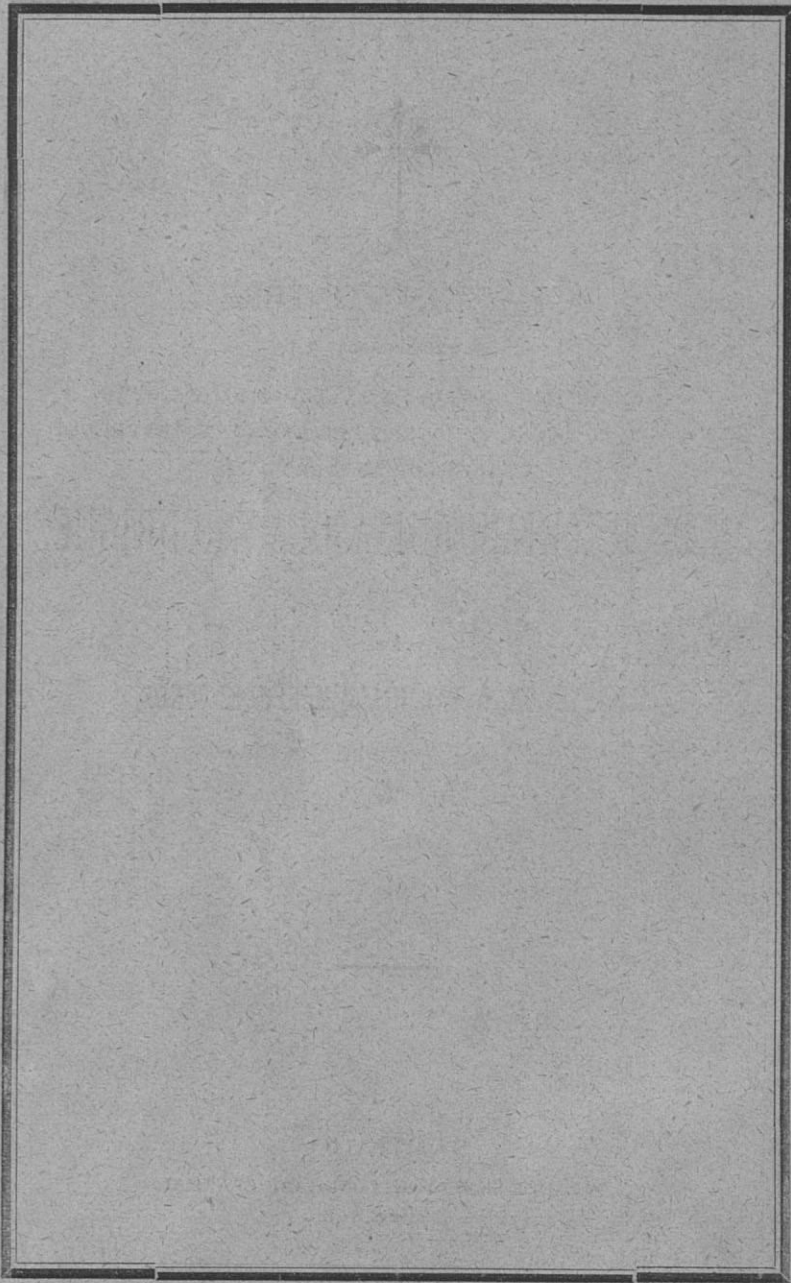


00372249

ORACIÓN FÚNEBRE



9-45-11-190





ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA

EN LAS A. Y M. IGLESIA DE SANTIAGO, EL DÍA 30 DE
ENERO DE 1888, EN LAS HONRAS DEL EXCMO. Y REVERENDÍ-
SIMO SEÑOR ARZOBISPO

DR. D. VICTORIANO GUIASOLA Y RODRÍGUEZ

(Q. S. G. H.)

POR EL

ILMO. SR. DR. D. VALERIANO MENÉNDEZ CONDE,

OBISPO PRECONIZADO DE TAMASSO,

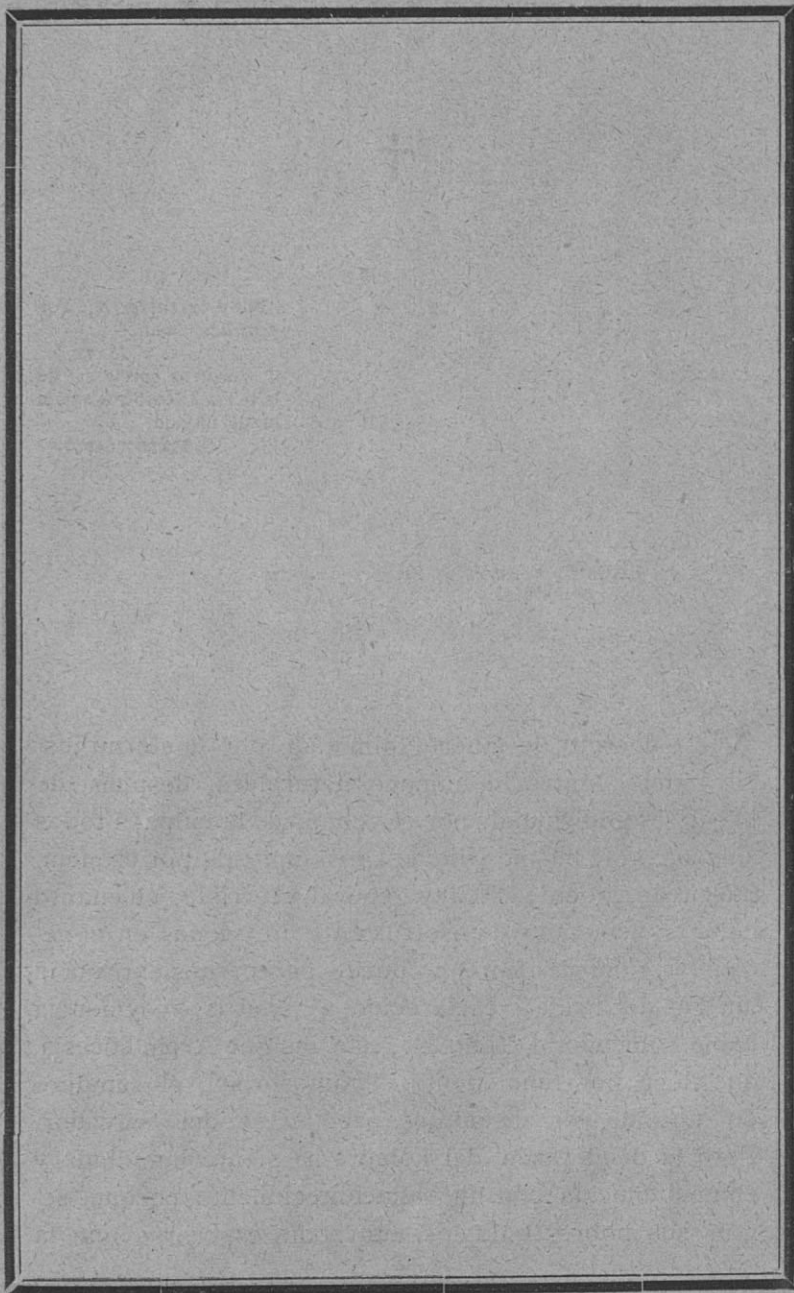
Auxiliar de Toledo.



SANTIAGO:

IMP. DEL SEMINARIO CONCILIAR CENTRAL

1888.





*Vos estis sal terræ... Vos
estis lux mundi.*

MATH. 5.

Vosotros sois la sal de
la tierra... Vosotros sois la
luz del mundo.

S. MATEO, CAP. 5.º

EXCMO. Y REVMO. SR.:

EL decreto de muerte fulminado por la eterna justicia contra la humana naturaleza, después de haber sido inficionada por el veneno de la culpa, á todos alcanza: ni el mismo Hijo de Dios, inmortal por esencia, fué exceptuado de esta ley general y terrible, en cuanto hombre, semejante á nosotros en todo, menos en el pecado. Por consiguiente, no puede parecernos extraña la muerte del Prelado esclarecido, á quien la Providencia había colocado al frente de esta insigne Archidiócesis, que tiene por fundamento, digámoslo así, el sepúlcro de uno de los discipulos predilectos del Salvador. Pero la débil razón del hombre se siente humillada y empequeñecida con un tal acontecimiento, porque, según sus pobres cálculos, aún podía esperarse que la

preciosa vida del Prelado se prolongase por bastante tiempo, y de su prolongación podíamos prometernos grandes ventajas.

Aparte de esto, prescindiendo de cálculos y de razones, de temores y de esperanzas, el corazón de los que por uno ú otro motivo le profesábamos entrañable amor ó respetuoso cariño, no puede dejar de sentirse oprimido por hondo pesar y amarga pena, al ver que del que fué nuestro Pastor y cariñoso Padre, nuestro generoso protector ó fiel amigo, ya no queda en la tierra más que despojos y recuerdos; despojos que pueden considerarse como trofeos de la implacable saña de la muerte; recuerdos que en vez de llenar el vacío que en nuestra alma ha dejado su ausencia, sirven más bien para hacernos notar su falta y para hacérnosla más sensible.

Pero ¡bendita siempre la influencia bienhechora de la fé cristiana! que nada como ella presta un lenitivo eficaz á nuestros dolores en las horas amargas de la vida. Ni el espíritu del creyente puede formular una queja contra la bondad de la Providencia, cuando las cosas no marchan como á nosotros nos parece que debían marchar; porque sabemos que Dios nadá dispone ni permite que suceda sin suficiente motivo, aunque nosotros no lo alcancemos; ni el corazón tampoco, aunque irreflexivo y ciego, queda entregado, impotente y sin auxilio, á la fuerza del dolor que le destroza. Nó: la muerte misma, á pesar de su terrible poder destructor, no es capaz de romper todos los lazos que unían al que sucumbe entre sus fieras garras con los que le sobreviven. Los que sobrevivimos, sabemos que el muerto no ha muerto del todo; que la mejor parte de su ser

permanece y siempre permanecerá; que el cuerpo depositado en el sepúlcro, presa de la corrupción, no es más que la envoltura de un espíritu inmortal, que, al desprenderse, ha volado á las regiones de la eternidad, á donde le seguiremos nosotros; que en las regiones de la eternidad son bienaventurados los que mueren en el Señor, porque su muerte es el comienzo de una vida toda nueva, gloriosa y feliz, en la cual reciben el premio que la munificencia divina otorga á los que han hecho buen uso de los dones de su gracia; en fin, que cuando el muerto es el varón justo que tuvo á Dios por fin, y la ley de Dios por norma de sus acciones, Dios mismo, soberano bien, será su recompensa en los días de la eternidad.

Esta idea, cuya sola enunciación es un consuelo para los que lloramos la pérdida de una persona querida, me servirá de fundamento y de guía en el elogio fúnebre del

EXCMO. Y REVMO. SR. DR. D. VICTORIANO GUIASOLA
Y RODRÍGUEZ, ARZOBISPO DE SANTIAGO DE COMPOSTELA,
CAPELLÁN MAYOR DE S. M., JUEZ ORDINARIO DE SU
REAL CAPILLA, CASA Y CORTE, NOTARIO MAYOR DEL
REINO DE LEÓN, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y
DISTINGUIDA ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA,
DEL HÁBITO DE SANTIAGO, ETC., ETC.;

para que viendo en él al sacerdote sabio y virtuoso, al Prelado eminente y esclarecido, y al cristiano ejemplar en el cumplimiento de sus deberes y en la práctica de las virtudes, encontremos en su vida un motivo para venerar su memoria, y un estímulo para obrar el bien.

I.

¡Sacerdote sabio y virtuoso! ¿Y no he dicho tal vez demasiado, al decir esto? En verdad que el sacerdote en quien se reunen estas dos preciosísimas cualidades, es el sacerdote modelo; el sacerdote según el corazón de Dios, de quien es ministro; el sacerdote que puede realizar en el mundo los dos grandes fines á que consagró sus esfuerzos el divino Redentor, siendo, como Él dijo á sus Apóstoles que debían ser, *la sal de la tierra* para preservar los corazones de la corrupción de los vicios, y *la luz del mundo* para disipar las tinieblas del error y de la ignorancia, peste y oprobio de la humana inteligencia.

¡Virtud y ciencia! Ciertó que estos son los dos grandes objetos á que se dirigen las nobles aspiraciones de los hombres verdaderamente grandes, y en cuya posesión cifran su gloria y su dicha, porque ellos purifican el corazón y ennoblecen el espíritu y realzan de maravillosa manera la dignidad humana, porque en cuanto más alto grado se alcancen, más nos asemejan y nos aproximan á Dios, Bien sumo y Verdad completa y absoluta. Pero por esto mismo el Sr. Guisasola, el futuro Arzobispo de la insigne ciudad que con razón es llamada la Atenas de Galicia, se consagró desde su adolescencia y con toda la energía de su espíritu á la conquista de aquellas anheladas prendas; y gracias al claro talento con que le dotara el Padre de las luces, y al cuidadoso afán de hacer fructificar en su corazón los dones de la gracia, el éxito fué grandemente lisonjero en uno y otro sentido.

Si nos fuera permitido entrar en consideraciones sobre la influencia de la educación en los futuros destinos del hombre, habríamos de tributar aquí un aplauso, muy justo y merecido, á sus honrados y piadosos padres por la esmerada solicitud con que atendieron á su educación intelectual, y sobre todo á depositar y mantener en su tierno corazón los principios del santo temor de Dios, fundamento de toda sabiduría. Aplauso muy justo y merecido, sí; porque es bien sabido que las más felices disposiciones y aptitudes para el bien suelen malograrse lastimosamente, y hasta convertirse en medios de perdición, cuando no las cultiva y dirige la solicitud paterna, á la cual las confía en primer término la Providencia divina. Pero no sucedió así por fortuna con nuestro ilustre finado, sino muy al contrario.

Dedicado á la carrera eclesiástica, á cuyo estado se sentía con vocación decidida, y no habiendo aún Seminario en su diócesis, hubo de hacer los estudios teológicos en la Universidad de Oviedo, su ciudad natal; y esta célebre escuela, en la cual se formaron tantos y tan preclaros varones, gloria de Asturias y de la nación entera, se honra hoy con haber contado al Excelentísimo Sr. D. Victoriano Guisasola entre sus alumnos más distinguidos. Del aprovechamiento y brillantéz de su carrera facultativa son evidente é irrecusable testimonio los grados académicos que le fueron conferidos sin pago de derechos, en concepto de sobresaliente. El juicio favorable que de su competencia tenía formado el Claustro universitario lo demuestra el hecho de habersele confiado el desempeño de varias cátedras, una de las cuales, la de Sagrada Escritura, regentó durante cuatro cursos.

No era menor, ni menos merecida, su reputación como Humanista, y bien lo acreditan sus doctas explicaciones en la cátedra de Literatura Latina, que también le estuvo encomendada durante otros dos cursos, y sobre todo sus brillantes oposiciones á la de Retórica y Poética en la sección de segunda Enseñanza del mismo centro literario, en virtud de las cuales fué nombrado para desempeñarla en propiedad en 1847, después de su habilitación legal con arreglo al plan de estudios de 1845. De suerte que, según los ligerísimos datos apuntados, podemos deducir que la carrera literaria del señor Guisasola fué una continuada série de triunfos.

Como entretanto no había olvidado jamás la santidad del ministerio á que aspiraba y el género de preparación que tal ministerio exigía; como de él puede decirse lo que constituye el elogio de muchos santos: que siendo jóven, y áun siendo niño, todo en él era propio del hombre de juicio reposado y maduro, distribuyendo el tiempo entre el estudio, la asistencia á las aulas como alumno ó como Profesor, y las prácticas de una piedad sólida y discreta; sin permitirse apenas los honestos esparcimientos tan necesarios al ánimo, que constantemente se aplica á ocupaciones serias é importantes; sin incurrir jamás ni áun en esas lijerezas tan comunes en la juventud y que tan fácilmente se perdonan á los jóvenes escolares; constando á todos que era, no solamente de costumbres puras é intachables, sino de conducta ejemplar y edificante, su Prelado le admitió con íntimo gozo de su alma á la recepción de los sagrados órdenes y le confirió el presbiterado en 1845.

Este dato nos explica que el señor Guisasola haya abandonado muy pronto la noble carrera del profes-

rado en la Universidad, donde había conquistado ya tan hermosos lauros y de la cual podía prometerse otros más bellos aún. El sacerdote se debe á la Iglesia, y cuando la Iglesia reclama sus servicios, tiene que prescindir, si es necesario, de sus gustos y aficiones, y aún de sus comodidades é intereses. Esto es lo que hizo el señor Guisasola.

El Excmo. Sr. D. Ignacio Díaz Caneja, de grata y feliz memoria en la Diócesis de Oviedo, que por muchos años estuvo encomendada á su pastoral régimen y solicitud, se ocupaba entonces en una obra importantísima, y de grande influencia en el porvenir religioso del Obispado; en la erección de un Seminario episcopal, para la educación del clero, como lo exigen los intereses de la Religión y lo había prescrito el santo Concilio de Trento.

Bien claro se deja ver que los trabajos de organización de una obra de tal magnitud exigían gran suma de inteligencia, de actividad y de celo; y el señor Obispo fundador tuvo á bien fijarse en el señor Guisasola, como una de las personas en quien más sobresalían aquellas condiciones y por lo cual esperaba de él la más valiosa cooperación. Dejó, pues, su cátedra en el Instituto para ser primero Vicerector y Catedrático, y más tarde Rector del primer establecimiento de enseñanza superior eclesiástica en la Diócesis de Oviedo.

Mas no se crea que los méritos literarios del señor Guisasola recibieron una especie de honrosa sepultura en el antiguo convento de Santo Domingo, ni que allí se paralizaron los bríos de su inteligencia, ni los progresos de su ya vasto y profundo saber. Aunque las atenciones del cargo y las funciones del minis-

terio le absorbían la mayor parte del tiempo, la naturaleza misma de las funciones y del cargo, y sobre todo la grande energía de su voluntad para seguir consagrando al estudio el poco tiempo de que podía disponer, le adiestraron para nuevas y honrosas lides y le prepararon nuevos triunfos, al paso que se iban acreciendo y acrisolando sus virtudes sacerdotales.

Aquí hay muchos que aún recuerdan con admiración ó con placer el éxito casi ruidoso de sus oposiciones á la canongía magistral vacante en esta Santa Iglesia en el año 1855; y todavía fué más lisonjero el obtenido al año siguiente en la Metropolitana de Sevilla, donde se le nombró Penitenciario á los 34 de edad. Allí, en las risueñas márgenes del Guadalquivir; en la privilegiada región de esplendente sol y de feracísimo suelo; en la culta Sevilla, patria de eminentes artistas y célebres literatos, cuyo nombre excita veneración y entusiasmo en los aficionados á las bellas artes y á las humanas letras, allí se abrieron nuevos horizontes, más amplos y luminosos, al talento del nuevo prebendado. No penseis, sin embargo, que seducido por el encanto de la bella literatura, ó arrasado por sus aficiones de artista, fuertemente estimuladas por las circunstancias de aquella sociedad y de aquellos lugares, se entregase con preferencia á tareas de aquella índole, nobles y gloriosas ciertamente, pero siempre secundarias para un ministro de la Religión. Esto no podía ser, porque tenía deberes más altos que cumplir é intereses más sagrados é importantes á que atender.

Allí, además del espinoso cargo que sobre él pesaba por razón de su prebenda, además de la dirección espiritual de algunas congregaciones religiosas,

encomendada á su prudencia y sabiduría, además de la predicación y otras funciones del ministerio eclesiástico, cuyo ejercicio le imponía su ardoroso celo por la santificación de las almas, hubo de continuar dedicado á la enseñanza, desempeñando sucesivamente varias de las más importantes cátedras en aquel Seminario; de suerte que pasó los mejores años de su vida ocupado en la noble, honrosa y difícil tarea de alimentar el espíritu de la juventud con los principios de la sana ciencia, de la ciencia sólida y segura, que teniendo por base y por guía los inviolables principios de la fé y la esplendorosa luz de la revelación, se eleva majestuosa hasta las alturas donde mora el Ser infinito, y rebasa los límites del tiempo para investigar los eternos destinos del hombre; y penetra hasta los más recónditos senos del alma, para conocer las funciones de la inteligencia y de la vida y ordenar sus actos á la consecución del supremo fin; y aún le sobran alientos para recorrer la inconmensurable extensión del espacio, reconociendo y examinando las maravillas que en él ha sembrado la omnipotente mano del Criador, y todo sin peligro de extraviarse ni perderse en los negros abismos del error y de la duda.

Su doble mérito de sábio y ejemplar sacerdote no podía pasar inadvertido para el Prelado de Sevilla, como no había pasado para el de Oviedo; y efectivamente, el Emmo. Sr. Cardenal de la Lastra y Cuesta le dió las más altas muestras de su estimación y confianza, nombrándole su Secretario de Cámara y Gobierno, luego que fué á ocupar aquella sede arzobispal, y más tarde Dignidad de Tesorero y luego Arcipreste de su Catedral.

Y no era sólo el Prelado en reconocer el mérito del ilustre prebendado. La Real Academia de Buenas Letras de Sevilla se honró á sí misma, honrándole á él con el título de socio numerario; porque aunque desde su residencia en la antigua capital de Andalucía no podía, por las razones antes dichas, ocuparse en trabajos de índole puramente literaria; y aunque en ningún tiempo había escrito cosa alguna con el objeto directo y exclusivo de darlo al público, en parte por sus gravísimas y constantes ocupaciones de preferencia, y en parte por su natural modestia y por su gran repugnancia á las exhibiciones aparatosas en que puede interesarse la vanidad; con todo, sin proponérselo ni pensar en ello, había logrado adquirir una reputación sólida de literato distinguido con sus discursos y sermones, en todos los cuales se vé en primer término al valiente apologista de la verdad católica; al razonador profundo, que trata de llevar la convicción al entendimiento y marcha derecho á su objeto, guiado por las leyes de una lógica inflexible y severa; al ministro de la Religión, que, sin mostrarse inaccesible á los grandes entusiasmos del corazón ni á los arranques de la pasión noble y levantada, indudablemente prodiga más las fuerzas de la inteligencia, que las galas de la imaginación. Pero á pesar de esto, son sus trabajos como un edificio de construcción sólida, sin dejar de ser elegante, en el cual campean adornos del mejor gusto, distribuidos con oportunidad y acierto, distinguiéndose especialmente por la majestad del estilo y por la corrección y pureza de la palabra y de la frase. Nosotros apenas hemos podido apreciar estas bellas condiciones del que fué nuestro Pastor, porque cuando la Providencia lo colocó al frente de esta

Iglesia, y ya mucho antes, le aquejaba la indisposición lamentable, que complicada con una afección aguda del mismo órgano enfermo, le arrebató en pocos días á nuestro amor y á nuestras esperanzas; y aquella indisposición le imposibilitaba de pronunciar discursos que exigiesen el esfuerzo de la voz, porque le producian extremada fatiga.

Pero ahí están, en abono de mi juicio, los pocos que corren impresos de los pronunciados en otro tiempo, especialmente el de la inauguración solemne del Seminario de Oviedo y el de su recepción pública en la ya citada academia de Sevilla, que por sí sólo hubiera justificado plenamente su llamamiento al seno de aquella sabia corporación. Ahí están sobre todo sus instrucciones pastorales, dignas de ser leídas y estudiadas, no sólo por aquellos á quienes van dirigidas, por su admirable fondo de doctrina admirablemente expuesta, sino por todos aquellos que aspiran á formar el gusto para las letras en los modelos del buen decir.

En fin, señores; nada me parece más á propósito para cerrar este periodo de su vida de sacerdote ejemplar y doctísimo, que el testimonio insigne rendido á su competencia, especialmente en las ciencias sagradas, por el gran Pontífice Pío IX, quien se dignó llamarle á la ciudad eterna para tomar parte en los grandes é importantísimos trabajos preparatorios del Concilio Vaticano; al cual llamamiento acudió solícito, como acudía siempre á los de sus superiores, y en Roma permaneció como Consultor pontificio y á la vez de su Prelado, hasta que aquella augusta asamblea, que hubiera superado las glorias de la de Trento, se vió precisada á disolverse para ignominia de la revolu-

ción italiana, triunfante por la violencia y la perfidia.

Mas ¡ay! de Roma volvió cargado de honrosas distinciones; pero allí dejaba labrada con sus méritos la pesadísima cruz que muy luego había de imponérsele por voluntad del mismo soberano Pontífice, quien tres años más tarde, en 1873, le preconizó para el obispado de Teruel, *motu proprio*, es decir, por su iniciativa personal, sin que precediese la presentación Real del jefe del Estado, porque la revolución, triunfante también en nuestra patria, había hecho rodar por el suelo la corona de nuestros reyes, había roto toda relación oficial con la Santa Sede y hecho trizas el Concordato, por lo cual estaba en suspenso el derecho de Patronato que los Monarcas españoles ejercen por concesión pontificia.

Y no creais, señores, que yo califico la dignidad episcopal de pesadísima cruz, precisamente por las circunstancias desdichadísimas en que nuestra patria se hallaba, cuando aquella fué conferida al Sr. Guisasaola. La dignidad episcopal es siempre altísima y sobremana honrosa y digna de ser profundamente venerada por los fieles en la persona de aquellos que, según la expresión de san Pablo, han sido puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios, que dió su sangre para formarla y adquirirla; pero en estas mismas palabras del Apóstol de las gentes se echa de ver que á ella va unido un cargo que haría temblar á los ángeles, si los ángeles hubieran de soportar su peso. Bajo el aspecto mundano, es la muerte de la libertad, la renuncia completa á las comodidades de la vida, aun á las expansiones más inocentes que podría permitirse el sacerdote sin faltar á su deber ni á su decoro, el

encadenamiento más absoluto, no solamente á la ley de las conveniencias, sino también á la tiranía de las preocupaciones y de las exigencias de los malos. Esto importaba poco al Sr. Guisasola, acostumbrado desde joven á una vida modesta, laboriosa, mortificada y ordenadísima en todo; pero no podía dejar de importarle el aspecto moral de la cuestión, porque ningún hombre de espíritu recto é ilustrado y de conciencia timorata puede creerse nunca bastante digno de ocupar un puesto tan alto, bastante apto para desempeñar un cargo tan espinoso y difícil; ninguno puede dejar de estremecerse de espanto al hacerse cargo de las condiciones que san Pablo señala al Pastor de las almas, al considerar la responsabilidad tremenda en que incurre si no administra bien los intereses espirituales que Dios confía á su cuidado. Estos reparos no se hacen generalmente en el mundo, y así anda él; pero no podían dejar de ocurrirse al que fué nuestro Prelado, rectísimo siempre en su modo de pensar y proceder, y completamente exento de las miserias de la ambición y de la vanidad, únicas pasiones que podían sentirse un poco halagadas con su promoción al Episcopado. Por ello hemos de tener por seguro que no lo deseaba ni lo quería, no podía desearlo ni quererlo, y la aceptación representa por parte de él un sacrificio inmenso, hecho con buena voluntad, eso sí, en aras de la obediencia al supremo Pastor, que creyó conveniente confiarle una parte del rebaño de Jesucristo.

II.

Desde entonces, es decir, desde principios del año 1875, en que, previa su consagración en la Iglesia de san Isidro de Madrid, se puso al frente de la Iglesia de Teruel, el elogio del ilustre sucesor de los Apóstoles puede condensarse en breves palabras, y así nos será preciso hacerlo, ya que seguirle paso á paso en su carrera pastoral, nos es punto menos que imposible. Las palabras que, en mi concepto, mejor compendian y resumen sus méritos y hacen comprender sus grandes dotes de Prelado eminente y esclarecido, son las que él mismo adoptó como divisa para su escudo, y á la cual permaneció fiel hasta la muerte: *LABORA SICUT BONUS MITES CHRISTI JESU*, "*Trabaja como buen soldado de Jesucristo.*" Sólo que el Apóstol, de quien las tomó, manda trabajar, y nosotros podemos decir de él que efectivamente trabajó. Toda su vida se había distinguido por una laboriosidad infatigable; pero al ser elevado á la dignidad episcopal, con la conciencia de los grandes deberes que el nuevo cargo le imponía, esa laboriosidad recibió nuevos y poderosos estímulos. Todos sabemos de cuánto es capaz un trabajo perseverante y asiduo, estimulado por la conciencia del deber y por el celo, y dirigido por una inteligencia poderosa, y bendecido por la Providencia, como no puede dejar de suceder cuando se trabaja con santo fin y recta intención, y sabiendo esto, podemos deducir de antemano que su pontificado en las diferentes diócesis que le fueron encomendadas, necesariamente tuvo que producir ópimos

frutos. Conviene, sin embargo, desenvolver algún tanto estas ideas y apuntar algunos datos, que lo demostrarán *á posteriori* con la incontrastable elocuencia de los hechos.

La conciencia del deber era el primer principio regulador de sus acciones; y era tal en él la fuerza de este principio, y tan firme su voluntad para llevarlo á la práctica, que una vez convencido de que debía obrar en determinado sentido, nada en el mundo era capaz de hacerle cambiar de resolución. Era, no vacilo en afirmarlo; y lo afirmo sin vacilar, porque creo haberlo conocido bastante para saber lo que digo; era del número de los que Jesucristo llama bienaventurados, porque tienen hambre y sed de justicia, y hacen con ansia su deber en todo. Era de los que no solamente cumplen con su deber en cuanto les es conocido, sino que habitualmente perseveran en tal disposición de espíritu, que lo mismo lo cumplirían, cualquiera que él fuese y en cualesquiera circunstancias en que se hallasen. Era, en suma, uno de esos caracteres que en el camino del deber no retroceden, aunque tropiecen con la tiranía del César ó con el furor de las muchedumbres; con el puñal del asesino, ó con el hacha del verdugo; y si las circunstancias le colocaran en la alternativa de prevaricar ó padecer el martirio, al martirio fuera sin vacilar ni desfallecer, como los ilustres campeones de la fé en tiempos de persecución.

Hombres de tal temple se necesitan en estos tiempos y en todos para que no se acabe completamente el imperio de la ley y de la justicia, cediendo al de una moral acomodaticia, egoista y utilitaria, que abandona los más santos deberes tan luego como los encuentra en pugna con los intereses mundanos ó con los gustos y

comodidades personales. Y aún he de añadir una circunstancia que importa conocer para apreciar la conducta correctísima de nuestro Excmo. Prelado en frente de la de muchos católicos que también pretenden ser exactos y firmes en el cumplimiento de sus obligaciones, pero que ellos se las trazan á su manera y en realidad no hacen más que satisfacerse á sí mismos. Él tenía, en efecto, la conciencia por norma de sus actos; pero la conciencia formada con arreglo á los eternos principios de la moral católica; y si en sus aplicaciones á la práctica le ocurría alguna duda, sobre todo en cuestiones importantes y de trascendencia para el pueblo fiel, á pesar de su gerarquía y á pesar de su ilustración, por la cual podía creerse competente para formar juicio por sí mismo, volvía siempre los ojos á Roma, acudía á la fuente pura de la verdad, al magisterio infalible del Pastor de los Pastores, y con arreglo á sus mandatos ó consejos obraba humilde y prudentemente. De este modo debíamos proceder todos en semejantes casos y no dejarnos engañar por el demonio de la soberbia, que muchas veces hace invocar el testimonio de la conciencia para defender con tenacidad maldita nuestro propio parecer, como si no pudiéramos equivocarnos. Esa conciencia es el espíritu privado del protestantismo, que, sin advertirlo ni sospecharlo acaso, se ha ido apoderando de nosotros.

Cumplir rigurosamente con el deber, según una conciencia recta y bien formada, mucho es sin duda, sobre todo cuando los deberes son tan graves como los de un Pastor de la Iglesia; pero nadie debe contentarse con eso, y no se contentaba ciertamente nuestro Prelado. Estudiaba atentamente las necesidades de su grey y

multiplicaba sus esfuerzos para ponerles remedio, y hacer cuanto bien podía. Esta es la obra del celo estimulando su laboriosidad, cuyo ardor moderado por la prudencia se revela en los resultados.

La organización completa del Obispado-Priorato de las Órdenes militares, al cual fué trasladado desde Teruel en el año 1876; el arreglo parroquial de la diócesis de Orihuela, que pasó á regir en 1882; el Concilio provincial celebrado en el pasado julio en esta Santa Iglesia á los pocos meses de haber tomado posesión de la Silla, y en cuyos trabajos tuvo como Presidente la mayor y la más difícil parte; la santa visita pastoral en todas las mencionadas diócesis; el despacho de todos los asuntos ordinarios y extraordinarios con la mayor actividad y diligencia posibles, y en cuanto le era dado abarcarlos, por su propia mano; las repetidas misiones llevadas á cabo en muchos pueblos de importancia, y en las cuales tomaba él mismo parte activa para levantar el espíritu religioso y mejorar las costumbres de los fieles; los ejercicios espirituales al clero para excitar su celo por la santificación de las almas..... todo, todo cuanto puede inspirar el más fervoroso anhelo por la gloria de Dios y por los intereses de la Religión y de las almas, todo ha sido llevado á cabo por nuestro Excmo. y Revmo. Sr. Arzobispo, y afortunadamente con fruto no escaso.

El fruto, sin embargo, preciso es confesar que no siempre correspondió á los deseos del Prelado ni á lo que sus esfuerzos merecían; porque bien conocidas son las inmensas dificultades que hoy embarazan y esterilizan la acción episcopal, y la falta de apoyo y de recursos materiales para vencerlas y para contrarrestar

los abundantes y poderosos elementos del mal en las sociedades modernas.

Y aquí, señores, séame permitido lamentarme de la injusticia del mundo que es tan fácil en prodigar aplausos y honores á los vencedores del momento en las luchas de la palabra ó de las ideas, ó de la fuerza bruta en el campo de batalla, esté ó nó la razón de su parte, y ni siquiera se digna fijar su mirada en esos héroes del valor y de la paciencia que pasan la vida en los muros de la fortaleza de Sión, luchando incesantemente con los enemigos de la felicidad eterna de las almas y de los grandes principios en que se apoya la paz, el orden y el bienestar de los pueblos. —¡Qué vida la del Pastor celoso de las almas!— Hoy tropieza con un periódico impío que blasfema de los misterios divinos y escarnece la moral del Evangelio, empleando la sátira y el sofisma para pervertir á las gentes sencillas; mañana con una logia masónica que emplea diabólicos artificios para prender á los jóvenes en sus redes é ir comprometiéndolos poco á poco en una guerra infame contra la Religión. Hoy sabe que un maestro de primeras letras envenena el corazón de la infancia con doctrinas perversas; mañana le dicen que en las cátedras de la Universidad se enseña el materialismo y la incredulidad. Hoy se encuentra con un sacerdote, que por su poco edificante vida es un peligro para los fieles; mañana viene á establecerse en su diócesis un pastor protestante, que recluta sus adeptos entre los más perdidos del pueblo para crear dificultades al Pastor legítimo. Un día averigua que entre sus diocesanos, acaso entre los más conspicuos é influyentes, hay detentadores sacrílegos de los bienes de la Iglesia; y al otro le advier-

ten que la autoridad local se empeña en que se entierre en el cementerio católico, contra lo dispuesto por las leyes canónicas, un pecador público impenitente ó un hereje pertinaz. Y de nada de esto se puede desentender; á todos estos males tiene que ocurrir; con todos tiene que luchar, sin más armas que el celo y la prudencia, sin amparo en la autoridad ni en la ley, antes teniéndola muchas veces en contra por imprevisión ó por malicia de legisladores desatentados, que no han tenido en cuenta las prescripciones del Derecho eclesiástico, lo cual dá lugar á frecuentes conflictos, imposibles de resolver pacíficamente, y á que los Prelados de la Iglesia se vean envueltos, por cumplir con su deber, en procesos criminales, como sucedió á nuestro señor Arzobispo con motivo del célebre matrimonio de Valdepeñas.

De aquí resulta luego otra cosa, que no puede menos de resultar: que un hombre de fé viva y de conciencia recta, que sabe lo que valen las almas redimidas con la sangre de un Dios, y cuya eterna felicidad se juega en estas cuestiones; cuando vé la ineficacia de sus esfuerzos para salvarlas, padece terribles amarguras, es presa de un dolor moral indefinible, que junto con el excesivo trabajo y la fatiga constante, gasta las energías del espíritu, mina sordamente la salud y acaba prematuramente con la vida.

¡Ah, señores! Hay gentes que viven sistemáticamente apartadas de la clase sacerdotal, y la juzgan con arreglo á sus opiniones preconcebidas, ó según les dicta la pasión y el interés que tienen en verla desacreditada; y para disculpar su incredulidad y sus miserias, arrojan sobre nosotros la enorme injuria de que desempeñamos

el ministerio santo, como podríamos desempeñar un papel de farsantes, sin fé en la doctrina que predicamos ni en la virtud de lo que hacemos para la santificación de las almas. Tales gentes no merecen en verdad que sus acusaciones sean tomadas en serio, porque en ellas mismas se revela la bajeza de alma y vileza de sentimientos de quien las hace. Pero como nosotros tenemos que hacer como San Pablo, bendecir á los que nos maldicen, y orar por los que nos ultrajan y persiguen, sufriendo pacientemente las persecuciones y los ultrajes; como nos debemos por entero á todos, áun á nuestros enemigos en cuanto podamos procurar su salvación eterna, yo me hago cargo en este momento de aquella acusación injuriosa para que resalte toda su enormidad é injusticia, puesta al lado de esa tortura cruel que padece el alma de los Prelados celosos, como el que acabamos de perder, cuando su celo tropieza con dificultades insuperables para remediar los males que padece su Iglesia y la Iglesia universal; para evitar que sus amadas ovejas se envenenen con un pasto mortífero, ó para hacer volver al buen camino á las que marchan por sendas de perdición. ¡Oh! ¡Si esas gentes supieran cómo hablan y cómo se conducen los Pastores de la Iglesia, cuando no pueden ser espiados ni sorprendidos por ningún enemigo de la Religión y de sus ministros! Si les oyeran, cuando, para desahogar su pena, derraman su corazón dolorido en el seno de la amistad y de la confianza! ¡Si fueran testigos íntimos, ya que los actos públicos no basten á convencerles, del vivo interés, de la afanosa solicitud, del anhelante desvelo con que nuestro difunto Prelado atendía á todos los negocios concernientes á la salud espiritual de su grey, y de la inquietud y de la pena que le

causaban la falta de medios ó la sobra de obstáculos para poner remedio á sus necesidades...!

De todo el tiempo de su pontificado puede decirse lo mismo, porque siempre reinaron en su corazón los afectos de que habla San Pablo cuando dice que él enfermaba cuando alguno padecía enfermedad, y que sentía abrasado el pecho cuando sabía que algún cristiano padecía ruina espiritual. Pero hubo sobre todo una época en que las grandes fatigas del espíritu, inquieto y acongojado por tantos cuidados, el excesivo trabajo de inteligencia y de cuerpo, y las contrariedades y disgustos encontrados en el desempeño de sus deberes, entonces doblemente difíciles, le pusieron al borde del sepulcro. Yo recuerdo haber formado entonces, y hace ya de ello bastantes años, el juicio de que sus días estaban contados y que debían de faltar muy pocos para completarse su número: Tan profundamente quebrantada me pareció su salud. Afortunadamente no fué así, y hasta pareció que la había recobrado pronto y enteramente. Pero tampoco esto era como parecía; el mal había hecho tan grandes estragos en aquella constitución naturalmente robusta, que ya nunca pudieron ser del todo reparados.

Tal fué como Prelado el que hoy llora muerto la Diócesis compostelana; y más le lloraría, estoy seguro de ello, si mejor le conociera: Prelado eminente y esclarecido por sus virtudes pastorales: rígido y exacto en la observancia de la ley y en el cumplimiento de sus altos deberes; firme y enérgico para defender los derechos y los intereses de la Iglesia; activo y laborioso, no sólo para lo que exige el gobierno ordinario de una diócesis, sino también para las grandes obras de organización y

de reforma, y para todo lo que tiende á promover los progresos de la Religión y el bien espiritual de los pueblos; y en fin, celoso por la realización de estos grandes ideales, hasta sacrificar, no sólo su tranquilidad y comodidades, sino también su salud, y, si necesario fuera, su vida. Y si de algún testimonio externo necesitásemos para mayor convencimiento, no tendríamos más que recordar el crédito y la consideración de que gozaba entre sus hermanos en el Episcopado, y especialmente la confianza, que no es un misterio para nadie, con que le honraba el Emmo. Cardenal Rampolla, hoy Secretario de Estado de Su Santidad León XIII, y antes su Representante oficial en España.

III.

Réstame, señores, añadir por conclusión algunos rasgos, brevemente delineados, de otras hermosas virtudes, que en nuestro ilustre Pastor resplandecían, y que por su naturaleza lo mismo puede poseerlas el sacerdote que el Prelado, ó el simple fiel, y por ello las expongo aparte; pero que al Prelado y al sacerdote le sientan admirablemente.

La piedad, fundamento de las demás virtudes, era en él necesaria consecuencia de su vivísima y acrisolada fé; y era tanto más sólida por cuanto estaba fundada en la base firmísima de un convencimiento profundo, y no sólo en las emociones pasajeras de un corazón impresionable; pues en él la inteligencia predominaba sobre el corazón y le mandaba y dirigía. Así daba de ella, no las

muestras brillantes y ostentosas de las ocasiones solemnes, sino ejemplo continuado, regular y constante.

Su humildad y modestia, y su desprecio y aversión á la vanidad y á la efímera gloria del mundo, eran bien conocidas de todos; pero no tanto como de los que más íntimamente le trataban, alguno de los cuales hubo de sufrir por parte de él muy sérias reprensiones, por haber publicado sin su permiso algunas de sus buenas obras practicadas en secreto, y que en el secreto quería él que permaneciesen, porque llevando el Evangelio de Jesucristo grabado en el corazón, no esperaba recompensa mas que del Padre celestial, á quien nada se oculta.

Pero la que más en él resaltaba era la caridad; la virtud sublime, reina de todas las demás, que resume la ley del cristiano, y debe ser su más hermosa divisa y su más honroso distintivo, porque en sus purísimos móviles y elevados fines es exclusivamente propia de la Religión de Cristo, y según ella no consiste sólo en largos desprendimientos, sino en el amor de los pobres como de hermanos en Jesucristo; en virtud del cual no sólo ha de procurarse prestarles un socorro material, muchas veces humillante, sino también, y principalmente, levantar su alma abatida por la desconsideración en que los tiene el mundo; tratarles como á verdaderos hermanos, especialísimamente recomendados por nuestro Padre común; enjugar discretamente sus lágrimas, llevando el consuelo á su alma dolorida; y atender á sus necesidades morales, de ordinario más graves que las físicas.

Así la entendía y así la practicaba nuestro venerable Prelado, y entre otras mil pruebas que de ello pudiéramos aducir, nos basta la de haber fundado á

sus expensas en la capital de su diócesis de Orihuela uno de esos hermosos asilos en que los ancianos desamparados viven al amparo de la Religión, y por personas religiosas, á ello especialmente consagradas por medio de un voto solemne, son esmeradamente cuidados y atendidos. Y á estos pobres desamparados visitaba con frecuencia, y les trataba con paternal bondad y afecto; y de tal modo les distinguía, que quería que entre ellos descansasen sus restos mortales, en el caso de que muriese en Orihuela, y así lo tenía formalmente dispuesto.

Pero el desprendimiento es necesario casi siempre, para ejercer la caridad, y no carecía de él ciertamente nuestro Prelado. Bien lo demuestran sus esfuerzos por socorrer á las víctimas de las calamidades públicas, especialmente cuando el cólera morbo sembraba el terror y la muerte en muchos pueblos importantes de su ya mencionada diócesis de Orihuela, y más especialmente aún cuando la ciudad y su hermosa huerta padecieron los grandes estragos de la inundación, ocasión en la cual para darle una muestra del público reconocimiento, el Ayuntamiento de aquella capital eclesiástica pidió para él al Gobierno supremo de la Nación la condecoración de Isabel la Católica.

Bien lo demuestra también su edificante testamento, que, sin resabios de carne y sangre, es un conjunto de laudabilísimas disposiciones piadosas y caritativas; bien lo conocen los menesterosos de Santiago y de todos los pueblos donde residió, y no es necesario insistir en ello; pero hay dos hechos que no conviene pasar en silencio, para que se sepa quiénes son los Prelados de la Iglesia, y en qué se invierten los llamados grandes

sueldos que estos perciben y de que tanto se duelen algunos economistas, que acaso los perciben mayores.

Es el primero de estos hechos, que á pesar de que siempre había tenido colocaciones, no solamente honrosas, sino también relativamente productivas; á pesar de haber sido muchos años Prebendado y Dignidad de la Catedral de Sevilla, cuyas prebendas y dignidades son las de más pingües rendimientos en España; á pesar de que la mayor parte de esos años había vivido en el palacio arzobispal como Secretario y familiar de su Prelado; á pesar de todo esto, y de su vida siempre modesta, recogida y económica, que reducía sus gastos personales á la más mínima expresión; cuando llegó el caso de tomar posesión de su diócesis de Teruel, primera que gobernó, se encontró sin recursos, porque la caridad se los había agotado, y tuvo necesidad de pedir al Ministro de Gracia y Justicia que le adelantase á cuenta de su asignación los fondos indispensables para los primeros gastos de instalación. El otro hecho indicado no es menos elocuente, aunque bastan menos palabras para encarecer su importancia. Al redactar su testamento, previendo sin duda que aquellas piadosas disposiciones podían ser inútiles por no dejar á su fallecimiento recursos para cumplirlas, puso la cláusula de que, si para ello era preciso, se vendiese su mobiliario. La cláusula no fué ociosa. Efectivamente: es preciso vender su mobiliario para cumplir sus disposiciones testamentarias. ¡Oh! ¡qué hermosos ejemplos en la vida de este Prelado, como en la de la inmensa mayoría de los de la Iglesia Católica! Desgraciadamente para ellos y para los pobres, no pueden los filántropos del mundo citar muchos análogos entre los suyos.

Nada diré de las condiciones de carácter del que fué nuestro Prelado, porque estas, en rigor, no constituyen mérito ni demérito, y se abusa demasiado de ellas, á veces para enaltecer á quien no lo merece, muchas veces también para deprimir al que merece ser ensalzado. No quiero que por esto se entienda que el Prelado no las tenía buenas, sino que nos importa poco saberlo. Cualquiera que fuese su carácter, yo sé que tenía bastante dominio sobre sí mismo para no dejarse arrastrar ciegamente por la pasión, sino que la reflexión dirigía sus actos. Yo sé que era dulce, y afable, y afectuoso con los pobres y con los pequeños y humildes. Si no era natural en él, era doblemente meritorio, porque era virtud adquirida á costa de lo mucho que cuesta modificar la naturaleza.

Tal era el Prelado, en cuanto yo alcanzo á conocerlo y á retratarlo, que la Providencia en sus altos é inescrutables designios ha querido arrebatarnos prematuramente. ¡Loado sea siempre el soberano Autor y Dueño de la vida, que puede disponer de ella según le plazca, y nunca dispone sin suficiente motivo! Otra vez la dulzura de celestiales consuelos viene á templar las amarguras del alma apesarada; su muerte ha correspondido á su vida; ha sido la muerte del justo, el tránsito apacible y dichoso del que se duerme entre los hombres para despertar entre los ángeles; no podemos pensar otra cosa. Es verdad que en sus últimos momentos no pudo darnos aquellos ejemplos de edificante fervor, que dan algunos cristianos ilustres; ni dirigirnos aquellas saludables advertencias y consejos que á veces se oye á los moribundos, y que por la solemnidad de las circunstancias llegan hasta el fondo del alma y en

ella se graban de modo indeleble. Y no pudo, porque la intensidad y naturaleza del mal no le dejó bastante lucidez de espíritu para ello. Pero esto no debe afligirnos. Tuvo la necesaria para recibir provechosamente todos los auxilios de la Religión, y aún á pesar de su aletargamiento, y ya casi en la agonía, se le oía invocar frecuentemente la divina misericordia con acento de dulce y tranquila confianza. Esto nos basta, pues no podemos pensar que la divina misericordia haya dejado de atenderle propicia, aunque aquellas invocaciones no fuesen sino una continuación del hábito piadoso de su espíritu devoto y humildísimo. Por lo demás, la Providencia es muy sabia, y, á mi entender, si no nos ha dado el consuelo de ver en nuestro Pastor esos conmovedores ejemplos de última hora; si no nos ha dejado oír de sus autorizados labios esos saludables consejos y advertencias, que tan grande efecto producen cuando son dictados por espíritus rectos y superiores, próximos á dejar el mundo para comparecer ante Dios, fué porque en nuestro caso no había necesidad de eso. Eso sin que yo pretenda establecerlo como una regla general, parece que cuadra mejor á los que alguna vez han podido servir de desedificación á sus hermanos, pero huelga en aquellos otros, cuya vida toda entera, como la de nuestro Prelado, ha sido ejemplar en el cumplimiento del deber y en la práctica de las virtudes.

Para concluir, mis amados hermanos, permitidme aún una breve reflexión. Alguien que ha seguido con ojo atento la marcha de la Religión á través de los siglos y ha estudiado las relaciones que existen entre las condiciones de sus ministros y su mayor ó menor

arraigo en los pueblos, ha dicho que los pueblos no tienen sino los sacerdotes y, con mayor razón, los Prelados que merecen. Si esto es así, y preciso es confesar que la observación no carece de sólido fundamento, satisfecha puede estar de sí misma la Archidiócesis de Compostela, y especialmente su insigne capital, porque ha merecido tener Prelados tan ilustres, como son, sin remontarnos á anteriores tiempos, todos los que han conocido los que más alcanzan entre los vivos.— ¡Pero el último ha muerto prematuramente! No creais que yo tema, —¿cómo he de temerlo?— que Dios os castigue dándole un sucesor indigno, porque á Dios gracias, en España no los hay. El Episcopado español es orgullo de la Patria, y esperanza y garantía de la Religión, porque es modelo de virtud y sabiduría. Declaro sinceramente que no encuentro motivo para convertirme en oráculo de funestos augurios: antes al contrario, he visto con profunda satisfacción, la que con motivo de un tan triste suceso puede tenerse, las grandes muestras de consideración, de respeto, de amor, de duelo, que habeis tributado á la dignidad y á la memoria del ilustre finado, á pesar del poco tiempo que llevaba entre vosotros, y por ello no puedo menos de tributar desde aquí un aplauso muy sincero á vuestras dignísimas autoridades, á las sociedades recreativas que han suspendido sus fiestas y espectáculos, y al pueblo en general, que se ha conducido como un pueblo verdaderamente católico. Pero no lleveis á mal que yo os pida que mireis la muerte prematura de vuestro digno Pastor como un aviso providencial, para que no desmerezcais en lo sucesivo el favor insigne que el Cielo os ha venido concediendo hasta ahora, poniendo al

frente de vuestra Iglesia Prelados de las más altas y eminentes dotes para mantener su brillo y prosperidad, para promover vuestro bien espiritual y aún el temporal. Si en el ilustre finado teneis tan poderosos motivos para venerar su memoria, atended, como es justo, á las lecciones prácticas de su edificante vida; seguid fielmente las instrucciones pastorales que os ha dejado; escuchad con docilidad igual las del que le suceda ó le represente; vivid humildemente sometidos á su régimen paternal, que todo ello se encamina á vuestro mayor bien: á la tranquilidad de esta vida, en cuanto puede procurarse, con la paz del alma, que es patrimonio del justo, y sobre todo á la consecución de la eterna dicha, que á nuestro Prelado y á nosotros todos en su día conceda la divina misericordia por los méritos de nuestro Señor Jesucristo.

Amén.





